

Sobre el futuro de la libertad

Los hábitos del corazón de la vida
urbana y el ejercicio de la ciudadanía

Los ciudadanos de la posmodernidad presumimos de libertades, pero, ¿somos libres de verdad? El autor analiza tres ámbitos donde transcurre nuestra vida de urbanitas y que modelan y troquelan en nosotros unos hábitos del corazón que ponen sordina a los intentos de ejercer la ciudadanía. El triple ámbito donde se desarrolla el problema de nuestra vida ciudadana lo constituyen el espacio público, el laboral y el familiar.

Juan Antonio Guerrero*

ALGUNOS autores se refieren a un malestar en la ciudadanía de las sociedades occidentales actuales. Éste se debe a que nuestro control sobre las fuerzas que gobiernan nuestras vidas, en

* Profesor de Ética social y política. Universidad Comillas. Madrid.

lugar de crecer, está disminuyendo: nos pensamos como individuos que eligen libremente, pero de hecho nos encontramos implicados y sometidos, querámoslo o no, a muchas dependencias y obligaciones que no hemos elegido, y que rechazamos cada vez más. En nuestra vida pública estamos menos vinculados y más enredados que nunca y, en lugar de liberados, crecientemente reducidos a impotencia (1).

La búsqueda de soluciones a este problema a través de una reflexión sobre sus raíces y consecuencias filosóficas, jurídicas y políticas ha generado la discusión entre liberales y comunitaristas (2), que ha marcado la filosofía política de las dos últimas décadas.

En este estudio seguiré un camino complementario. Me interesaré por tres ámbitos en que transcurre nuestra vida cotidiana de *urbanitas*. Ellos modelan y configuran en nosotros unos *hábitos del corazón* (3) que actúan como inercia independencia y, a veces, contraria a los intentos de ejercer la ciudadanía. El estudio de los hábitos del corazón «nos da una idea del estado en que se encuentra una sociedad, de su cohesión y de su viabilidad a largo plazo» (4). Los tres ámbitos que me parecen especialmente relevantes para el problema que nos ocupa son el espacio público, el trabajo y el hogar.

El espacio público

FUERA de casa y del trabajo, hay un tipo de lugares en la ciudad donde pasamos mucho tiempo, con algunos de ellos

(1) Cf. Michael Sandel: «The Procedural Republic and the Unencumbered Self», en: Shlomo Avineri and Avner de Shalit, *Comunitarianism and individualism*, Oxford University Press, New York, 1996, aquí pp. 25 y 28. Cf. tb. Charles Taylor: *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 45. Éste es también el tema del libro de Hanna Fenichel Pitkin: *The attack of the blob, Hannah Arendt's concept of the social*, University of Chicago Press, Chicago-London, 1998.

(2) En ella han participado autores como John Rawls, Ronald Dworkin, Robert Nozick, Michael Sandel, Charles Taylor, Michael Walzer o Alasdair MacIntyre entre otros.

(3) Con la expresión *hábitos del corazón* Tocqueville (1835) se refirió a las costumbres, a lo que los antiguos llamaban *mores* (Cf. Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Alianza, Madrid, 1989, vol. I, 2.^a parte, cap. IX, p. 271). Un estudio de Robert Bellah y otros sociólogos americanos popularizó la expresión y la amplió a «la conciencia, la cultura y las prácticas diarias de la vida» (*Habits of the heart: individualism and commitment in American life*, University of California press, Berkeley, 1985. Traducción española *Hábitos del corazón*, Alianza, Madrid, 1989, p. 349).

(4) Bellah, o.c., p. 349.

nos hemos familiarizado en los últimos años: los centros comerciales, la calle, el autobús, el metro, las estaciones de tren, de autobuses o aeropuertos.

Lo característico de estos espacios es que son espacios no antropológicos, «no lugares»: espacios de *anonimato*, sin *relaciones humanas*, ni *historia compartida*. En ellos no hay asuntos comunes y cada cual camina absorto en los propios, relacionándose con una imagen de sí mismo (5). Son espacios de tránsito, en los que gran parte de la actividad de quienes se desplazan por ellos «consiste en ocultar o apenas insinuar quiénes son, de dónde vienen, a dónde se dirigen, a qué se dedican, cuál es su ocupación, sus orígenes o qué pretenden (...) La vida urbana se puede comparar así a un gran baile de disfraces» (6) en el que se esconde lo que *realmente* se es.

En los «no lugares» nadie tiene identidad propia, somos viajeros o consumidores, se pueden ver gentes exóticas y ello da sensación de variedad cultural, pero todos hacen lo mismo: pagar en caja, mostrar el pasaporte, picar el bonometro, etc. Se espera que cada usuario cumpla las reglas y tenga un *comportamiento apropiado y previsible*. Estos espacios son muy acordes con el individualismo reinante. Suelen gustar por *la sensación de libertad* que en ellos se experimenta. Se puede comprar o ir a donde se quiere sin que nadie lo sepa. Somos anónimos. La metáfora del urbanita de estos lugares es el *Hombre invisible*, que quiere una invisibilidad relativa; es decir, ser tenido en cuenta pero sin dejar de ocultar su verdadero rostro, beneficiándose de una «vista gorda generalizada»; de ese modo es visto porque se visibiliza, pero no puede ser controlado porque es invisible (7).

Aunque para solucionar algunos asuntos de la vida son espacios prácticos, cómodos y están bien organizados, sería un problema grave que se convirtieran en modelo de relaciones sociales y de organización en otras áreas de la vida. ¿Qué pasaría si trasladásemos ese tipo de relaciones a la comunidad de vecinos, a la escuela, a la universidad, a la comunidad cristiana, al partido político o al sindicato? El modelo del hombre invisible no vale para aquellas cuestiones en que hay que ser quien se es y dar la cara.

Ya sería un paso importante que este modo de organización se limitase a las cuestiones que le son propias. Pero no basta con no dejar entrar este modelo de organización en otras áreas de la vida. El modo de organización de los «no lugares» no sólo se cuele por vía de organización sino también por

(5) Cf. Marc Augé: *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 1994, p. 83.

(6) Manuel Delgado: *El animal público, hacia una antropología de los espacios urbanos*, Anagrama, Barcelona, 1999, pp. 13-14.

(7) Cf. Manuel Delgado, o.c., p. 17.

vía de los hábitos del corazón que induce en los individuos. Es bueno tener en cuenta a la hora de organizar ámbitos como la política, la educación o la iglesia que en los «no lugares» nos habituamos a una libertad centrífuga, a una vida de individuos atomizados sin vínculos y a una comunicación sin reciprocidad.

1. *Libertad centrífuga.* La experiencia de la libertad en nuestros días tiene bastante relación con lo que vivimos en estos espacios: poder elegir individualmente entre muchas posibilidades, cuantas más mejor, sin condicionamientos ni vínculos, con total independencia de lo que elija el vecino. Pero esto es una atrofia de la libertad política. Si la libertad política se ejerce participando en la construcción del mundo común, estos lugares no ayudarán a formar los hábitos del corazón necesarios, más bien los imposibilitan, pues son como un restaurante con una amplia carta, con gran cantidad de platos que podemos elegir, pero en cuya confección no podemos participar. Hay aspectos de nuestra vida individual y común que no pueden funcionar bien si somos meros consumidores o usuarios. Hay ámbitos de nuestra vida que no pueden desarrollarse sin nuestra participación activa.

2. *Atomización de los individuos y sus relaciones.* Parte del éxito de estos «no lugares» está en haber atomizado a los usuarios y vaciado de contenido la relación entre ellos. La comunicación entre los usuarios que participan en estos espacios es impersonal y anónima. Es poco lo que une a los consumidores que compran en el mismo hipermercado, o que usan la misma estación de tren, aunque tengan los mismos fines individuales. Es difícil imaginar una acción común entre usuarios de grandes superficies o del transporte público.

3. *La pérdida de la reciprocidad en la relación.* La atomización de los usuarios hace más efectiva y desigual la comunicación del espacio con cada usuario. Es una comunicación no recíproca. Los «no lugares» se comunican con el usuario por carteles o por megafonía. Los usuarios, en cambio, se comunican con el gran espacio mediante su conducta individual, compran o no compran, reclaman, se quejan a la cajera... es como decir algo en voz baja cuando hay un ensordecedor griterío: las conductas individuales se diluyen en la ley estadística de los grandes números convirtiéndose en prácticamente irrelevantes. Pensemos en las quejas por retrasos de aviones, pérdidas de maletas, mal servicio en hipermercados, etc.

Si el ámbito público en que se ejerce la ciudadanía fuera como el descrito y el tipo de organización y de relaciones de los «no lugares» se generalizara para la vida ciudadana, estaríamos ante la muerte de la ciudadanía. Tendríamos una ciudadanía dirigida desde megafonía, sin historia compartida, sin presencia mutua significativa; un ámbito público en que la gente ni

se encuentra ni se conoce, donde la discusión de los problemas comunes es irrelevante porque se han convertido en problemas individuales con la organización y donde cada uno se relaciona individualmente, desde la soledad y vulnerabilidad del propio corazón, con carteles, con voces anónimas, con figuras humanas sustituibles por máquinas... Estaríamos ante una especie de *tiranía blanda*. Tiranía, porque un tirano somete el ámbito público a sus intereses privados; cambia poco que el tirano sea impersonal: «la organización». Y blanda, porque en lugar de sostener la organización con el terror se sostiene con seducción.

El triunfo de la nueva organización, en la que básicamente compramos lo mismo, vamos a los mismos lugares, hacemos lo mismo, etc., es que nos deja vivir con *sensación de libertad*. Sin embargo, en el camino se nos va atrofiando la capacidad de decir algo y participar nuestro destino común, la capacidad de *ejercer nuestra libertad*. Uno se pregunta si los modos de organización de los «no lugares» no habrán invadido más de lo que es menester y si no estaremos entendiendo la ciudadanía con el patrón del usuario o del consumidor. La política de nuestros días parece una lucha entre unos pocos pretendientes de hacerse con «la megafonía». Para lo único que los ciudadanos somos útiles es para aupar a uno o a otro hasta hacerse cargo de ella. Luego, cuando nos quedamos solos es difícil valorar lo que dice la megafonía y, menos aún, oponerse a ella.

El trabajo

LAS condiciones y las valoraciones del trabajo han registrado cambios sustanciales con graves consecuencias sobre las relaciones familiares, sociales y políticas. Señalaré tres consecuencias.

1. *La calidad de vida se resiente profundamente si trabajo se confunde con trabajo remunerado*. Esto ha sido una consecuencia inmediata del desarrollo industrial, que favoreció que se considerara trabajo sólo a aquellas tareas que se podían intercambiar en el mercado. El mantenimiento de «la cohesión social», ya sean los vínculos en la familia, en el barrio o en la comunidad, requiere tiempo, trabajo y dedicación (8). Lo mismo cabe decir de la educación de las nuevas generaciones, que no se puede dejar exclusivamente en manos de profesionales. ¿Qué sería si aprendiésemos a vivir en sociedad sólo

(8) Cf. Zygmunt Bauman: *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 149.

enseñados por profesores, trabajadores sociales, psicólogos, pedagogos, etc.? Forma parte de la enseñanza de los aspectos más importantes de la vida en común, que sólo se pueden enseñar gratis. La maternidad, la paternidad, la vecindad o la vinculación ciudadana no son profesionalizables. Cuando una persona mayor interrumpe lo que está haciendo para reñir a un niño que acaba de cruzar la calle sin mirar para los dos lados, no sólo le está enseñando a cruzar la calle, sino que le está enseñando que los mayores se han de preocupar por los niños por el mero hecho de que compartimos la misma sociedad. Le está enseñando que en esta sociedad estamos vinculados de manera que nos preocupamos desinteresadamente los unos por los otros, los mayores por los jóvenes. Y esto último no lo puede enseñar ningún profesional.

Una consecuencia colateral de este modo de comprender el trabajo ha influido en la situación de la mujer y de la familia. El trabajo remunerado y fuera de casa se considera un signo de emancipación femenina (9), hoy está generalizado lo que los americanos llaman «la familia de dos carreras». Las consecuencias de este fenómeno sobre la familia son importantes, aunque difíciles de valorar (10). En cualquier caso, estamos ante un hecho que no tiene marcha atrás, pero que exige un nuevo reparto de las funciones parentales.

2. *La invasión de la lógica funcional económica en otras áreas de la vida.* Como señala Bauman (11), la fábrica junto con el ejército fueron las dos instituciones socializadoras por excelencia del carácter social. El significado de un cuerpo sano se definía por su aptitud para el trabajo y para el servicio militar. Ambas instituciones producían los sujetos dóciles y obedientes que necesitaba el Estado. El esquema de la fábrica se reproducía en el hogar. El hombre, marido/padre, cumplía el papel de vigilancia y disciplina como el

(9) Aunque, si hacemos caso a Bauman, el paso de las condiciones de trabajo del artesanado doméstico a la fábrica no fue en absoluto emancipador para los hombres, sino más bien fue sometimiento a unos patrones de comportamiento impuestos bajo la amenaza de la miseria, como si se hubiesen elegido libremente.

(10) Hay estudios en las dos direcciones, que subrayan los problemas que ha producido en la familia la entrada de la mujer en el mercado de trabajo, como por ej. Alan Wolfe, *One nation after all, what middle-class americans really think about*, Penguin, New York, 1998, pp. 88-124; y otros, por el contrario, celebran el nuevo equilibrio alcanzado por la institución familiar una vez que se ha hecho normal que el hombre y la mujer trabajen. Como ejemplo de éstos cf. Rosalind C. Barnett & Caryl Rivers, *She works, He works: How two income families are happy, healthy and thriving*, Harvard University Press, 1996.

(11) Cf. o.p., pp. 35 y ss.

capataz de fábrica o el sargento del ejército. Las consecuencias sobre la situación de la mujer fueron obvias.

Por otra parte, procedente de la vida económica, un sistema inarticulado de cálculo de costes se ha introducido en la vida privada y familiar (12), que ha cambiado el significado en la paternidad y en la maternidad. La paternidad supone mayores sacrificios. Los hijos ya no son un activo económico como lo fueron en otra época y, en cambio, plantean no pocos inconvenientes: pérdida de libertad, de confort, de oportunidad para disfrutar de otras alternativas y fuente de preocupaciones.

Otros han captado cómo una mayor extensión de las relaciones funcionales propias de la producción a otros ámbitos ha empobrecido la producción de sentido y los vínculos. La ofensiva neoliberal en este contexto consiste en neutralizar el conflicto, orientando los impulsos emotivos de las masas hacia formas regresivas y autoritarias de identificación. La consecuencia para la política es conversión de la política en espectáculo y el retorno del jefe carismático (13).

3. *La corrosión del carácter del trabajador.* En el nuevo capitalismo se celebra que «el mercado puede llegar a ser orientado por el consumidor como nunca antes». Esto hace que las grandes empresas hagan contratos a corto plazo con pequeñas o con individuos, pues el mercado cambia mucho como para poder planificar a largo plazo. Visto desde el lado del consumidor es beneficioso, pero desde el otro lado, desde el trabajo, los costes humanos para quienes han de satisfacer los deseos caprichosos del mercado son altos. Richard Sennett llama la atención sobre las nuevas maneras de organizar el tiempo y, en especial, el tiempo de trabajo, como el signo característico del capitalismo de nuestro tiempo. Lo cifra en el lema: «nada a largo plazo» (14).

Ya no existe el mundo estable de las tres décadas posteriores a la segunda guerra mundial que permita planear la vida más allá del corto plazo. En la empresa flexible —archipiélago de actividades interrelacionadas— el trabajo se organiza en equipos que exigen mucho desgaste personal, maleabilidad, y personalidades difuminadas. Algunos profesores de las escuelas de negocios enseñan que la lealtad institucional es una trampa en un contexto en que todo dura poco. En el nuevo contexto es necesario que los empleados com-

(12) Cf. Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo, democracia*, Aguilar, Madrid, 1963, pp. 211-212.

(13) Cf. Pietro Barcellona: *Posmodernidad y comunidad: el regreso de la vinculación social*, Trotta, Madrid, 1992, pp. 21-25.

(14) Richard Sennett: *La corrosión del carácter, las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 20.

prendan que no pueden depender de la empresa. Así, se vuelven comercializables. Sennett ve que «para hacer frente a las realidades actuales, el desapego y la cooperación superficial son una armadura mejor que el comportamiento basado en los valores de la lealtad y el servicio» (15). La confianza, la lealtad y el compromiso mutuos se convierten en valores a la baja. Son contraproducentes. Las nuevas instituciones están marcadas por la fuerza de los vínculos débiles. Los vínculos sólidos dependen de una asociación larga, justo lo que hoy se ha hecho innecesario.

Las consecuencias de esta situación sobre la familia, las relaciones sociales y la vida política son previsibles: ¿Cómo fortalecer la cohesión social si no tenemos tiempo para lo común? ¿Dónde se aprende la gratuidad y los necesarios sacrificios propios de la vida ciudadana y de las relaciones humanas cuando el cálculo económico se ha hecho hábito del corazón? ¿Dónde se aprende a valorar la fuerza de los vínculos y los pactos mantenidos a lo largo del tiempo, tan necesarios para una vida política sana? ¿Cómo enseñar a los hijos compromisos, cuando para ellos es una virtud abstracta que no ven en ninguna parte? ¿Cómo evitar que la familia misma sucumba a la filosofía del corto plazo?

La familia

Es sintomática, en la reciente superproducción cinematográfica *Gladiator*, la transposición al mundo romano de lo que no es sino una típica valoración de clase media de nuestras sociedades: desde el emperador a los esclavos, pasando por los jefes militares, todos sueñan con una vida tranquila y feliz con sus familias. Los jóvenes españoles corroboran esta alta y positiva valoración de la institución familiar (16). La familia es, por encima de cualquier otra alternativa, el lugar en el que los jóvenes esperan aprender las cosas importantes de la vida (17). Estudios recientes subrayaban cómo las relaciones de padres e hijos habían evolucionado del conflicto generacional de hace unas décadas a la amistad.

Sin embargo, los autores del estudio son menos optimistas que los jóve-

(15) Id., p. 24.

(16) Cf. Javier Elzo, Francisco Andrés Orizo, Juan González Anleo, Pedro González Blasco, M.ª Teresa Laespada y Leire Salazar: *Juventud 99*, Fundación Santa María, Madrid, 1999, pp. 58-59.

(17) Id., p. 46. Frente a la familia, que la eligen un 57 por 100, están los amigos 47 por 100, los libros 22 por 100, los medios de comunicación 34 por 100 o la Iglesia 2,7 por 100.

nes encuestados respecto al estado de la familia. Aunque «nos sintamos bien» en familia, no han desaparecido las razones que llevaron hace unos años a otros analistas a ver la familia como una institución asediada por las mismas fuerzas que han empobrecido el trabajo y la vida cívica (18). Aparte de las influencias colaterales de la evolución del trabajo en la familia ya recogidas, subrayaré tres características de la familia urbana moderna, que modifican hábitos del corazón no siempre a mejor:

1. *La disociación de la disciplina y el afecto.* La familia, más que portadora de valores fuertes, hoy lo es de calidez afectiva. La familia, que tradicionalmente educaba en la disciplina y en el afecto, ante el asedio social se convierte en un refugio afectivo, tomando como paradigma las relaciones de amistad entre pares más que las parentales y de autoridad. El Estado, por otra parte, ha ido asumiendo progresivamente papeles en la socialización de los individuos, que tradicionalmente correspondían a la familia. «La escuela, las profesiones asistenciales y el grupo de pares se han hecho cargo de la mayoría de las funciones de la familia, y muchos padres han cooperado con esta invasión de la familia con la pretensión de presentarse ante sus hijos como amigos y compañeros mayores» (19). Esta disociación de la disciplina y el afecto, según Christopher Lasch, hace posible «el desarrollo de rasgos de la personalidad más compatibles con regímenes totalitarios que con la democracia» (20). La disociación de disciplina y afecto vienen en apoyo de la moral del «sentirse bien», que hace de los propios estados subjetivos de ánimo el objetivo principal de la felicidad, y ensombrece cualquier preocupación auténtica por el mundo común.

2. *La entrada del individualismo en las relaciones de pareja y de familia.* La relación de pareja se ha ido concibiendo cada vez más como una especie de pacto en que cada uno tiene sus propias demandas de independencia y vida individual. El *para todo* se convierte en cuestión de consenso y mutuo acuerdo y el *para siempre* en por ahora y mientras dure. Un reciente estudio sobre el individualismo en la vida de pareja (21) muestra el intento de parejas jóve-

(18) Cf. Christopher Lasch: *Refugio en un mundo despiadado; la familia: ¿santuario o institución asediada?*, Gedisa, Barcelona, 1984.

(19) Id., p. 14.

(20) Esos rasgos son: fuerte apego al grupo de pares, miedo a estar solo, alienación del pasado, fuerte interés por la autenticidad en las relaciones con los demás, sin mediación de formas convencionales de cortesía o respeto a la individualidad de la otra persona, falta de introspección y vida interior bien desarrollada. Cf. Id.

(21) François Singly: *Libres ensemble: l'individualisme dans la vie commune*, Nathan, París, 2000.

nes que comienzan a vivir juntos manteniendo la propia libertad e independencia. Cuando aparecen diferentes demandas individuales de independencia, que es normal si se parte de las apetencias individuales, se producen problemas en la pareja. Muchas parejas tienen la sensación de que todo iba mejor cuando estaban separados, pues en el tiempo que pasaban junto a la persona amada estaban al cien por cien. Uno de los datos llamativos del estudio es que a las jóvenes parejas les *faltan actividades que realizar juntos*, y su vida en común tiene mucho de sucesión de actividades individuales. Problema que se repite en muchas asociaciones ciudadanas o de jóvenes.

3. *La televisión en la vida familiar*. En los últimos cuarenta años las familias han incorporado un nuevo miembro que opina sobre todo y da pautas de conducta para casi todos los ámbitos de la vida. Hablar hoy de la santidad del hogar suena a hipocresía, en un mundo dominado por corporaciones gigantes y por la maquinaria de la promoción masiva que, gracias a la televisión, se nos han colado en el cuarto de estar. Del monopolio televisivo, que pretendía ser cultural e imponer unos productos con pretensiones culturales, y así formar los gustos del gran público, hemos pasado a la explotación y halago de esos gustos para alcanzar la audiencia más amplia posible ofreciendo a los espectadores productos sin refinar cuyo paradigma es el *talk-show* o *reality-show*, exhibiciones sin tapujos de experiencias vividas, para satisfacer el voyeurismo o el exhibicionismo (22). Los teóricos de la democracia siempre nos enseñaron que este sistema no funciona sin una ciudadanía virtuosa. Ni el antiguo paternalismo ni la explotación de los instintos más bajos parecen el ideal para una ciudadanía democrática.

El futuro de la libertad

UNO de los testigos privilegiados de lo que ha sucedido en nuestro siglo, Hannah Arendt, judía perseguida en Alemania que tuvo que huir a Estados Unidos, cubrió en Israel el juicio contra Eichmann, uno de los mayores criminales del régimen nazi (23). Lo que le sobrecogió de aquel hombre fue que donde esperaba encontrar un hombre malvado, encontró un hombre gris, incapaz de pensar, incapaz de juzgar

(22) Sobre la televisión y su sumisión a los intereses comerciales Cf. Pierre Bourdieu: *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona, 1997, aquí, pp. 69-70.

(23) Cf. Hannah Arendt: *Eichmann en Jerusalén, un informe sobre la banalidad del mal*, Penguin, New York, 1977 (1.ª ed., 1963). Traducción española en Lumen, Barcelona, 1999.

sobre lo bueno y lo malo. Un hombre que cumplía órdenes. Esto le hizo comprender «la banalidad del mal»: que no hace falta ser malvados para hacer males enormes, basta simplemente no pensar, tener atrofiada la capacidad de juzgar o de discernir el bien y el mal, es decir, funcionar automáticamente escudándose en lo que «se» hace, en lo que «se» manda o en lo que «se» lleva.

Años después de los horrores del régimen que había conseguido hacer a los hombres superfluos, reflexionando sobre la sociedad americana, reaparecieron los temores de Arendt. Al nuevo mal lo llamó *conformismo* (24). Toda la obra de Arendt es una defensa de la capacidad humana de actuar, de juzgar, de ejercer la libertad. Le asustaba el miedo extraordinario a emitir juicios que notaba en la buena gente de su tiempo (25). Escondernos detrás del «se» impersonal para justificar nuestras acciones, detrás del hoy «se» dice, «se» piensa, «se» hace, «se» va hacia... es abdicar de la libertad. Ahí puede haber sensación de libertad, pero no ejercicio de la misma. Ella sabía que

«Los que no colaboraron [con los nazis], llamados irresponsables por la mayoría, fueron los únicos capaces de juzgar por sí mismos, y fueron capaces de hacerlo no porque tuvieran un mejor sistema de valores, o porque los viejos patrones de lo malo y lo bueno estuvieran todavía firmemente enraizados en sus mentes y en sus conciencias, sino que, me gustaría sugerir, su conciencia no funcionaba, por decirlo así, de un modo automático, como si tuviéramos una serie de normas aprendidas o innatas que luego aplicamos a cada caso particular cuando éste surge (...) Su criterio, me parece a mí, era diferente; se preguntaron a sí mismos hasta qué punto podrían vivir todavía en paz consigo mismos después de haber cometido ciertos hechos (...) Los mejores de todos serán los que saben que, cualquier cosa que ocurra, mientras vivamos estamos condenados a vivir con nosotros mismos» (26).

Hemos visto que los tres ámbitos de nuestra vida urbana inducen unos hábitos del corazón políticamente paralizantes. Si tenemos que seguir viviendo con nosotros mismos, nuestro análisis no puede ser el de espectadores. El siguiente paso es ejercer la libertad. Los instrumentos de la libertad para poder distinguir los caminos que conducen a una vida más humana y más

(24) Charles Taylor ha hablado de un «despotismo blando» para referirse a nuestras democracias occidentales, cf. o.c., p. 44.

(25) Es la moral de la moderación y la tolerancia de la clase media americana donde el miedo a emitir juicios se ha convertido en la virtud de no valorar lo que hacen otros, cf. Alan Wolfe, o.c., pp. 72, 126 s.

(26) Hannah Arendt: «Personal responsibility under dictatorship», Conferencia dada en Boston en 1964. Citada por Elizabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, Alfons el Magnanim, Valencia, 1993, pp. 479-480.

humanizante y poder actuar consecuentemente son el buen juicio, la prudencia y el discernimiento.

Existe en nuestras sociedades una búsqueda desordenada de orden y organización que pretende transformar el mundo humano en un todo orgánico, en que todo funciona perfectamente de acuerdo a lo previsto, subordinado a un sistema suprapersonal. Esto es lo primero que hay que discernir.

La apetencia de orden puede ser apetencia de muerte y apetencia de vida. Por una parte, la vida tiene algo de contraria al orden, pues la vida humana es creativa, irreductible a la uniformidad e impredecible y, por otra, la vida humana requiere orden, pues se autodestruye en el caos. Hay un orden y una organización que matan la vida y hacen a los hombres superfluos; hay otro orden que es una condición necesaria para que pueda surgir la vida humana creativa e imprevisible. Un orden hace superflua la participación efectiva de la ciudadanía y otro la hace necesaria y posible.

En la tradición socrática, el ejercicio de la libertad tiene dos vertientes: evitar el mal cierto y no temer el bien posible. Oponerse al mal es necesario pero no es aún saber qué hay que hacer. El segundo paso siempre es más modesto y contingente. Por tanto, dos movimientos requiere el ejercicio de la libertad: resistir y actuar.

1. *Resistencia al orden paralizante y a sus secuelas.* Necesitamos una *ascesis democrática* para resistir al canto de las sirenas. Es como dejar un mal hábito, como dejar de fumar. El individualismo, el mundo blando de afectos sin disciplina ni esfuerzos y la típica obsesión de la clase media por el dinero, que deja invadir todos los ámbitos de la vida por la lógica funcional económica, tienen algo de tentador, pero son humana y políticamente corrosivos.

A los individuos atomizados, sin la referencia objetiva de un mundo común compartido con otros, se les compra y manipula fácilmente, con la ayuda de la televisión y otros medios de comunicación, haciéndoles *sentirse bien* subjetivamente, ofreciéndoles *sensación de libertad*, la ilusión de elegir entre multitud de alternativas, la posibilidad de *estar en onda* adecuándose a los índices de opinión pública y participando en los espectáculos de masas. Comprados y colonizados no podremos ejercer la libertad. No podemos seguir alimentándonos de lo que nos mata.

2. *Acción en concierto con otros.* El interés casi exclusivo de los ciudadanos por la familia y los amigos que muestran los estudios de opinión, como ya vio Tocqueville, significan la muerte de la política y de la vida en común. Entre la calidez del hogar y la frialdad del aislamiento de los «no lugares» hay otros espacios de relación humana. Un primer paso a dar es, por tanto, salir del cuarto de estar y ensanchar nuestro mundo de relaciones en espacios

en que seamos quienes somos, reconozcamos a otros y seamos reconocidos por ellos.

El modo humano y humanizante de hacernos libremente previsibles no es abdicando de la libertad en favor de un leviatán travestido de organización suprapersonal que nos mantenga aislados y nos reduzca a la impotencia, sino vinculándonos mediante pactos y promesas mutuas, vinculándonos con otros en propósitos comunes, en condiciones de igualdad y pluralidad. Y teniendo en cuenta que un propósito común no se forma con la intersección de intereses individuales y privados.

Los milagros interrumpen alguna serie natural de acontecimientos o algún proceso automático, en cuyo contexto constituyen lo absolutamente inesperado (27). El ejercicio de la libertad es un milagro. El hombre es el ser capaz de tomar iniciativas, empezar algo nuevo y hacer milagros. El ejercicio de la libertad política no puede realizarse en solitario, requiere de la pluralidad de hombres y mujeres y, como los milagros, no es sólo cuestión de voluntad sino, sobre todo, de fe. La esperanza está en los grupos que se vinculan en igualdad y pluralidad alrededor de una fe compartida. Ellos son los portadores del futuro de la libertad.

(27) Cf. Hannah Arendt: «¿Qué es libertad?» en: *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996, p. 181.